

y Feliciano Malefille, y además enseñaba a fumar a Balzac en la *honka*.

Y todo esto era antes de Chopín.

El barómetro sentimental no marcaba buen tiempo.

Entretanto el solitario Chopín trabajaba: el *Impromptu*, los *Dos Nocturnos*, *Mazurcas*, *Valses Brillantes*. Toda una obra inmortal.

Y Jorge Sand, que comenzaba a sentir una pasión nueva, escribía a la Marliani:

«Decididamente, esto es intolerable.»

Y su sol, como decía Sainte-Beuve, entraba en las fases diversas de los signos del Zodíaco.

Luego hubo el deseo en los labios húmedos de una mujer de treinta años. Y a esto la Jorge Sand le llamaba «cumplir con su deber».

Y entonces fué cuando se supo en París



Cuando ellos vieron aparecer la ciudad de Palma sobre la inmensa esmeralda turbia del mar, todavía se alzaba en la torre de la Almudaina el arcángel de hierro de Jacobo el Segundo y los molinos harineros conservaban aún sus alas blancas que giraban en la atmósfera espesa de luces y de colores.

que Chopín había sido raptado y que la novelista se lo llevaba a Mallorca.

Feliciano Malefille se quedó llorando en París. Y ella hizo el mismo trayecto que cuatro años antes había seguido con Musset, cuando encontraron al gordo Stendhal, lleno

edad. Mademoiselle Solange, su hija, menor de edad. Mr. Federico Chopín, artista.

»Segunda clase: Mad. Amelia, camarera.»

Por la mañana vieron aparecer la ciudad de Palma sobre la inmensa esmeralda tras-

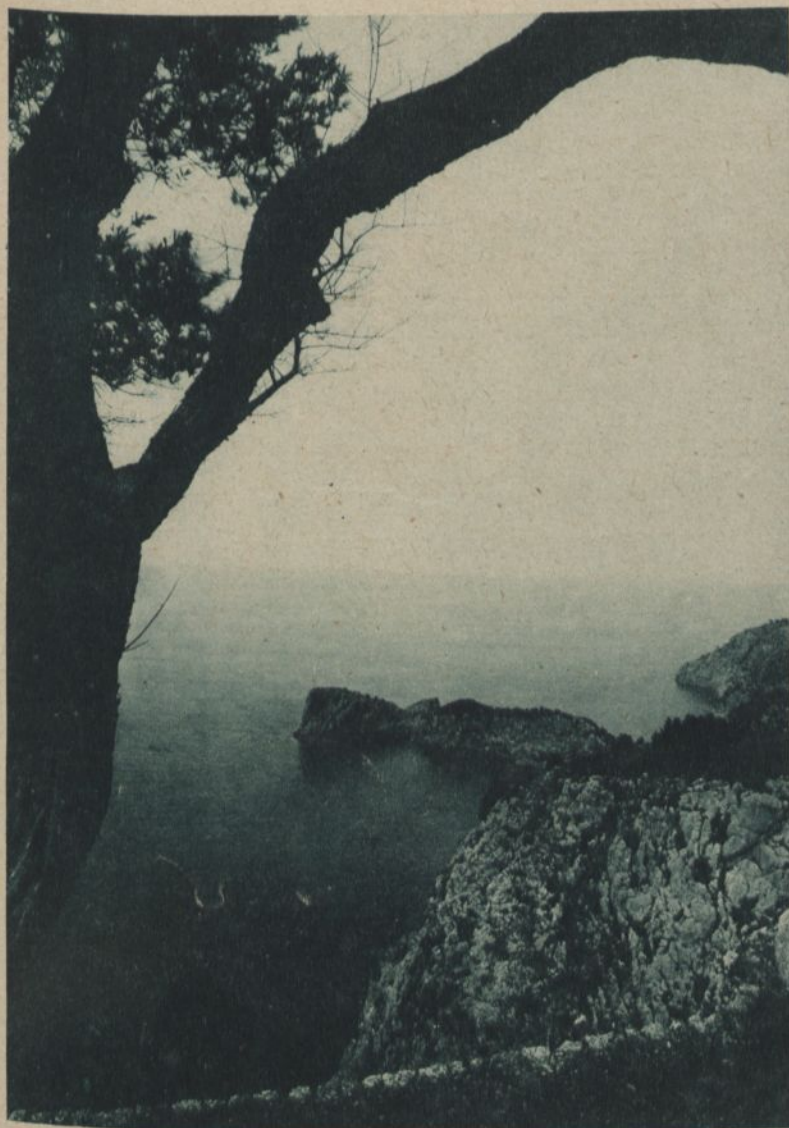
de visiones de Italia, sentado en la cubierta de un buque de vapor.

El *Phénicien* los llevó a Barcelona. El mar era puro, azul; un mar de Grecia, un lago de Suiza.

Luego embarcaron en el «Mallorquín».

El vapor salió de Barcelona el día 7 de noviembre de 1838, a las cinco de la tarde y llegó a Palma el 8 a las once y media de la mañana. En el libro de pasajeros, en la página correspondiente a aquel viaje, se lee lo siguiente:

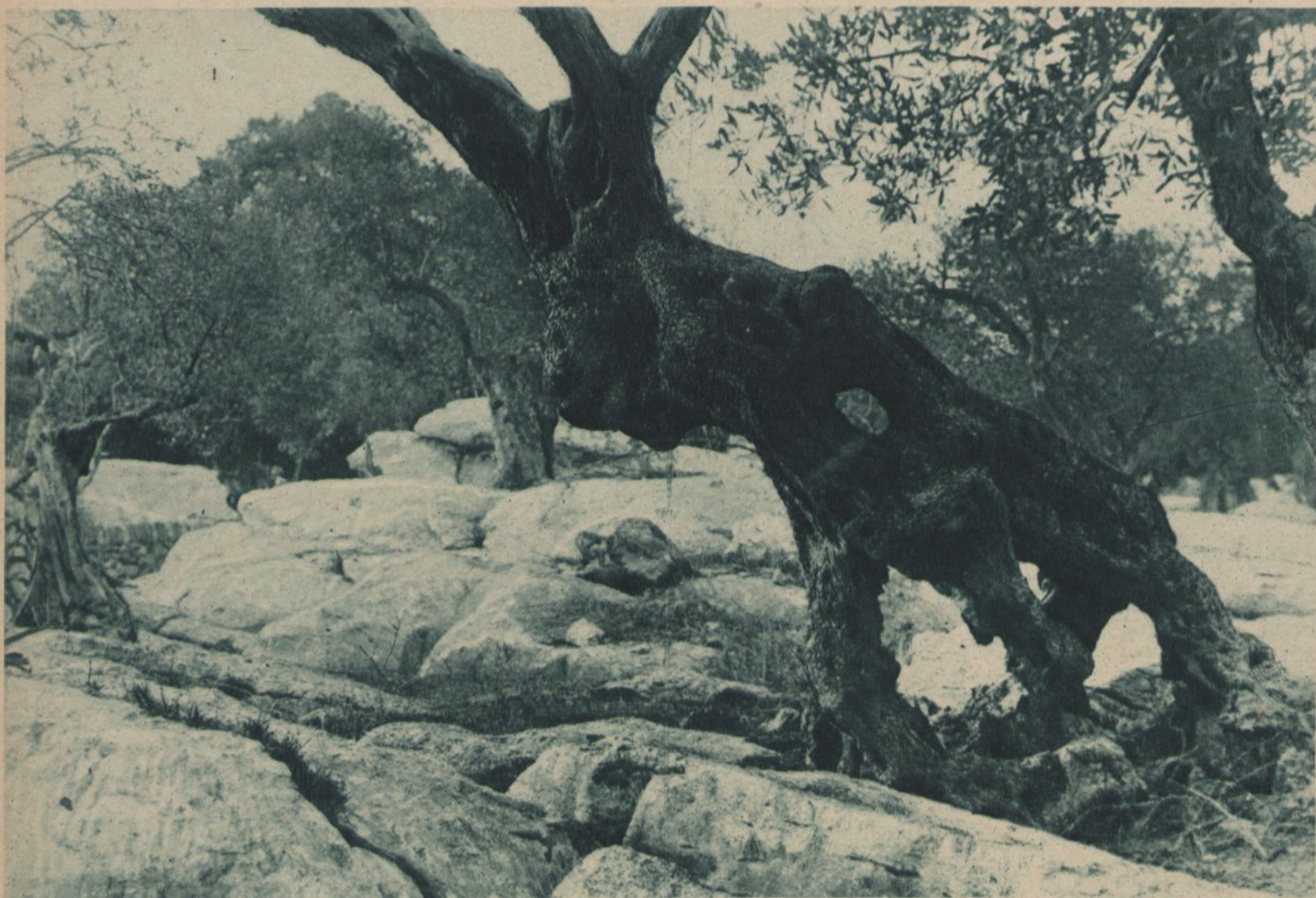
«Primera clase: Md. Dudevant, casada. M. Mauricio, su hijo, menor de



Ante aquellos paisajes incomparables, Jorge Sand pronunció una de las frases más justas sobre Mallorca: es la verde Helvecia, bajo el cielo de Calabria, con la solemnidad y el silencio de Oriente.



En ese largo claustro blanco se abre la puerta de la celda donde el músico moribundo escuchaba las sonoridades misteriosas del invierno mallorquín. Corredor desierto donde gimen los vientos diversos que vienen del pasado.



Araiu Mas

Absurdos olivos de Valldemosa murmurantes en las noches lunares inspiradoras de Chopín; personajes que poblaron la imaginación de la Sand con la palpitación temerosa de un paisaje único en la tierra.

lúcida del mar.

Todavía se alzaba en la torre de la Almu-daina el arcángel de hierro de Jacobo el Segundo y los molinos harineros conservaban aún sus alas blancas que giraban en la atmósfera espesa de luces y de colores.

Y luego Chopín escribe a Fontana:

«El cielo es de turquesas, el mar de lapis-lázuli, las montañas de esmeraldas. El aire es como el cielo. Una vida deliciosa. Corre a casa de Pleyel, pues el piano no ha llegado todavía. Viviré probablemente en una encantadora cartuja. Aquí está lo más bello del mundo.»

—¡Mi querido cadáver! — exclama fumando Jorge Sand.

* * *

Mendizábal hizo expulsar a los frailes de San Bruno, de la Cartuja de Valldemosa, para que Chopín estuviese tranquilo. Y entonces había allí la soledad.

Jorge Sand escribe *Spiridión*.

Chopín compone cuatro Nocturnos y vomita sangre.

«Chopin es un ángel — escribe luego la literata — en Mallorca ha compuesto música que huele a Paraíso; pero estoy tan acostumbrada a verle en el cielo, que me parece que su vida o su muerte no significan nada para él. Creo que él mismo no sabe en qué planeta se halla.»

Los amores de Jorge Sand han fracasado

en ese paraíso terrenal de Mallorca, de aquella isla que es la verde Helvecia, bajo el cielo de la Calabria, con la solemnidad y el silencio de Oriente.

Chopín no amaba el paisaje, su mundo estaba en las sonoridades ocultas que escapan al oído de los hombres, pero ella le comprendió bien, y le contemplaba con sus grandes ojos de corza.

Mallorca los vio pasar, un poco estupefacta y un poco escandalizada, ante aquella mujer que vestía a su hija de hombre y que fumaba cigarrillos. Ella dejó enredada en el jardín de la Cartuja de Valldemosa la apasionada palpitación de su novela *Spiridión*, escandalizó a los abogados de Palma con su novela *Lelia*, y volcó un tintero sobre la célebre carta de Valseca que había guiado a Americo Vespucio.

Chopín no dejó más que un recuerdo ultrapoético, y su piano Pleyel, que nadie quiso, porque lo había tocado un tuberculoso. Los mallorquines vieron en él la Muerte, porque no pudieron comprender a aquel hombre que era puro como una lágrima.

Los ricos, los grandes, los príncipes, no son sino ministros de la bondad de Dios; pierden el título de grandes desde que no quieren serlo sino por sí mismos.

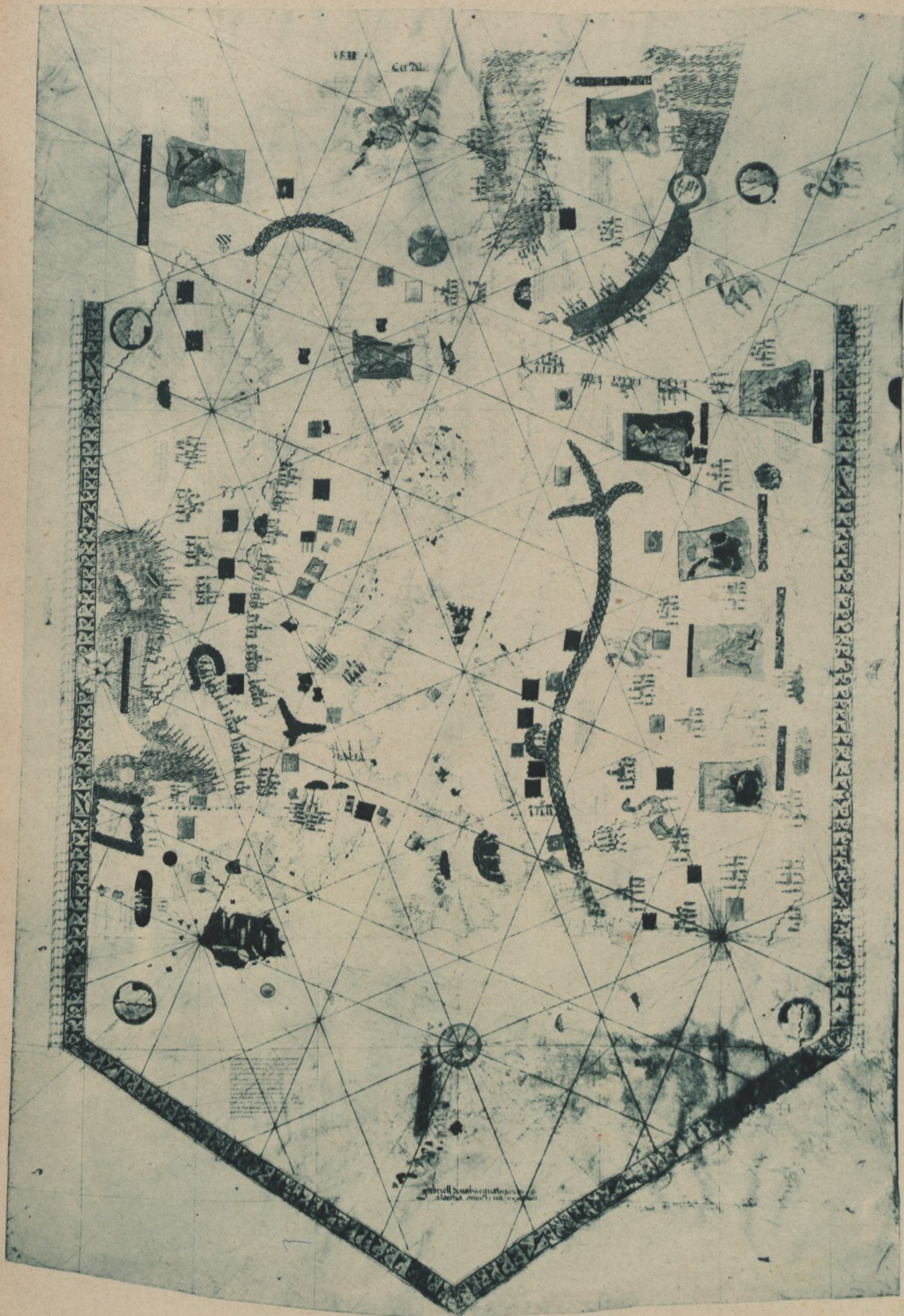
Pseudo-rimas

Montaña de sombra verde,
camino oscilante como
las cunas y los arrullos.
Canta la policromía
del pico de los capullos.
El manantial se inclina
desnudo como un vaso,
fecundo como un seno.
La hierba está dormida
con los ojos abiertos.

—

Entre los pardos bloques
del rompeolas, verdean
los peplos que dejaron las sirenas.
Por las grietas del muelle
suenan el mar a cadenas,
¡oh cárcel de los naufragos!
Buenos días, sol rojo;
el puerto aún no te ha visto.
Sólo algún ala blanca
llama a las velas de las barcas
en donde se ha enjugado el rostro de la luna.
Al abanico del faro
le quedan todavía tres varillas de luz.
Un buque de carbón y concha
aparece a deshora.

J. J.



Jorge Sand dejó enredada en la cartuja la palpitation romántica de Spiridión y volcó el tintero del conde de Montenegro sobre la célebre carta de Valseca, que guió a Américo Vespucio.

CINEMA URBANO

El viejo Parque de la Ciudadela



Como en el loto veían los egipcios la pureza, veamos en ese mármol palpitante el arte puro de Llimona.

Ea, lector; acompáñeme a dar una vueltecita por el parque. ¿Cómo? ¿Por qué ese desdeñoso gesto? No, no; se equivoca usted. Eso era antes. Ahora, ha llegado la Primavera pródigamente: para las plantas y para los andenes, para las fieras y para los edificios. El viejo Parque de la Ciudadela, es nuevo; antes, era lo episódico en lo vulgar; ahora, es lo pintoresco en lo familiar... ¿Viene usted, verdad? Me adelantaré para guiarle. Con su permiso...

* * *

Apenas entramos por la puerta de frente a la calle de la Princesa, nos ofrece su mármorea blancura la *taza* bellísima de Reynés. Antes, casi en el umbral, ya tenemos la tentación de la sombra reparadora bajo los árboles frondosos, ante el histórico tronco y el grupo luchador de *Homo* y *Ursus*; pero ¡es tan deslumbrante la argentina blancura de la *taza*! Y el conjunto, tan atrayente: cinco rapaces, cinco hijos de Murillo, quieren ver reflejada su rolliza desnudez en el agua bulliciosa del tazón; dos, han triunfado ya, pero uno de ellos resbala, y el espejo se convierte en baño; otros dos trepan; uno está encaramado en el borde y sonríe feliz ante la inminencia del triunfo; el otro, cobarde, llora viéndose entre la impotencia de llegar y el peligro de caer; el restante, con las manos entrecruzadas, hace a éste escala fraterna: sus fuerzas todas están allí, magníficamente dilatadas. Es el último; acaso lleguen los cuatro al triunfo, gracias a su ayuda... y él se quede abajo abandonado; pero ante todo, el deber de camarada; sufre, trabaja, ayuda, generoso, sin pensar en sí mismo. Si no es un símbolo, merece serlo... El grupo — según me informan — es todo un bloque único; y sin embargo, tan ligero, tan aéreo, tan lleno de vida, que esperamos el resultado de la pugna, y tardamos en convencernos de la realidad. ¡Salud, Reynés, buril ilustre!

Avanzamos bajo la fronda. A la derecha, Maragall; a la izquierda, Balaguer... ¿Por qué no ambos a la izquierda, que es el lado del corazón?...

Nos detenemos ante la gran cascada del centro, aunque no nos interesa por... demasiado sucia; queremos ver las patrullas de peces rojos, sacando la cabeza triangular para llevarse las migajas; zigzagueando en rápidos virajes; luchando entre sí con

eléctricos aleteos por la posesión de las migajas y huyendo, avaros, perseguidos por los nautas hambrientos, cuando lograron su presa codiciada. En cada ser hay un egoísta.

Giramos a la derecha. El parque tiene dos elefantes: el de mentira y el de verdad; el mamut, *elephas primigenius*, y el pariente de *l'Avi*. Este, riza la trompa, pide, le dan y engulle un panecillo que debe parecerle una brizna; perezosamente, mueve sus cuatro columnas pesadas y feas, pone sus ojos apagados en la gente menuda, mendiga como un pobre vergonzante; un chiquillo le tira cinco céntimos; el paquidermo, barrita llamando a su guardián, husmea, coloca la trompa enorme sobre la moneda, la aspira y la introduce en el bolsillo del guarda, que le da un terrón de azúcar; el goloso, resopla al regusto del dulce... e implora con sus ojos apagados de pobre vergonzante, otra moneda... Los niños aplauden el bonito número de circo.

El otro, el Mamut, el de *mentira*, es un paquidermo de empaque, orgulloso de sí mismo y de su losa explicativa. El primero, es la alegría de los niños; el segundo, el pismo de los lugareños y de las criadas pueblerinas.

Luego, el lago; el lago es un juego de la Oca; allí está el puente, las ocas blancas, la casita que es la posada; la cárcel de alambre, para guardar prisioneras las plantas acuáticas; el tío de los barquillos, los dados que son los bancos blancos; el charlot — un *pollo pera* —, el tío de la joroba; el juego de la oca, completo y al natural. A veces, irrumpen en el agua el ciclista lacustre y la piragua pilotada por una parejita...

De pronto, «las montañas de Montserrat», magnífica tarta merengada, cuyas grutas y oquedades ofrecían a las parejas servicios celestinescos en la complicidad de los besos a hurtadillas; ofrecían: que ahora las han

cercado, con muy buen acuerdo y mejor gusto, y sólo esperan el pico que las derribe. Así sea. Bajo las frondas, entre macizos de hierba verde y ordenadas filas de plátanos, sentimos al caminar cómo una grata sensación de paz envuelve nuestros pasos... ¿De dónde viene esta paz deleitosa? De la guerra de una escuela de párvulos en pleno parque, en un pabellón de simpático aspecto, con extensas plazas campestres para los juegos infantiles. Los parvulillos corren, saltan, juegan al aire libre lejos del ambiente viciado, de las miasmas de la ciudad... Un gran acierto en los aciertos del parque.

Declina el sol y hay mucho que ver aún. Apresurémonos.

He aquí la colección zoológica. El león; es una fiera terrible, y parece un gato doméstico; es el rey de la selva, y tiene aspecto de *realquilado sufrido*; pero le queda su profunda voz de bajo, y su rugido todavía nos hace temer su fiera. ¡Ah, si no estuvieran aquellos barrotes de hierro!... La leona, duerme haragana, espantando las moscas con el rabo. En otra jaula, unos cachorrillos se muerden juguetones. Fuera, un muchachito patalea y solloza porque quiere llevárselos a su casa para jugar con ellos.

Más allá, un oso, un oso pardo: alzado sobre sus patas traseras, aferrado a los barrotes, asomando el hocico lustroso, abre la boca igual que un paciente ante el dentista; le colocan un trozo de pan, lo engulle, y tiende una pata para que se la estrechen como un animal que sabe su deber. Es un oso maestro en urbanidad. Unos gitanos con tufos de ébano, le miran con codicia, alargando su rostro bronceado.

Sigue la colección: ardillas y *renards* (¡es tan feo eso de zorra!); cocodrilos y puercoespines; gacelas y gansos; cigüeñas con el largo cuello en interrogación; pavo-reales y faisanes; monos y gallinas... ¡Gran ba-



Pero el Parque no es nuestro; es de esas palomitas blancas, tornasoladas, pintas, que todo lo invaden.

zar viviente, ante el que los niños sufren la tentación de arramblar con algo!

He dicho que el parque de la Ciudadela es lo pintoresco en lo familiar. Pintoresco, todo lo anterior, y el *pagés* que lanza, previa una moneda, la flauta o el cartucho de caramelos; y el tren infantil; y la fotografía grotesca; y las niñeras y los soldados, y el estudiante que rebusca afanoso en las páginas del libro el «aprobado», pero que suspende sus profundos estudios al notar cercanos pasos de mujer...

Y lo familiar... A lo largo de los paseos para vehículos, sentadas sobre los bancos; en los jardincillos para niños, en todo el parque, en fin, se ve la figura cien veces repetida de la buena madre que lleva a sus hijos a jugar al aire libre, pensando en que así serán más fuertes y más buenos, mientras ella zurce — sin temor al qué dirán —, un ojo en los retoños y el otro en la tarea... El abuelito que acude con el mismo fin, dejándose arrastrar por el netezuelo y sonriéndole infantilmente... La hermanita mayor — carne de madre, en su virginidad — que velará por los hermanos mientras, tal vez, espera al amado, un ojo en los chicuelos y el otro y el corazón en la espera...

* * *

Y por todo el parque, colmándolo de notas con sus aleteos jubilosos, las palomas dóciles, amigas del hombre. Son la canción del parque. Y su mayor belleza.

Ya no temen al ser humano: al contrario: lo buscan, porque es bueno y les aporta manjares con que regalar los piquitos sutiles. Se posan sobre sus hombros, en sus manos; algunas, las muy endinas se sostienen un momento sobre la cartera del bolsillo y meten la bolita de su cabeza buscando migas y granzas. Corren ante los niños con sus airoso movimientos de cabeza y cuello, a saltitos, dóciles y gráciles, en espera del puñado de migajas... Viéndolas, nos sentimos mejores, más honrados y más satisfechos de nosotros mismos.

Muchas veces, me he dicho: he aquí una hermosa posesión de todos, de la comunidad urbana. Hoy rectifico: el parque no es nuestro; es de esas palomitas blancas, tornasoladas, pintas... y lo dominan plenamente: de los aleros del cuartel de bomberos a los del Museo; de la cubierta de las jaulas a las estatuas; dominan el paseo y los árboles; sus jaulas y nuestros edificios... Y hasta a nosotros mismos, rodeándonos en bandadas, precediendo nuestros pasos, revoloteando en torno nuestro, posándose en los hombros, en la palma de la mano y buscando, en la propia boca, con su pico, el óbolo fraterno de las migajas.

A. FERNÁNDEZ ESCOBÉS

P o e m a s

I

La música flotaba
en el aire cercado.

Y había siete niñas rubias
que tenían de las manos
los hilos de los viajes.

Las notas se hicieron
torres en el aire;
y las más altas
las niñas subían por el aire.

La taza bellísima
de Reynés, nos
ofrece, apenas
traspasada la
puerta, su deslum-
brante blancura.



Abajo, se quedaron las cigüeñas
aspirando en los ojos
la música de un viaje.

Y se vieron lágrimas
en la Luz de las torres.

Iba la música en el aire
seguido de las lágrimas!

II

Los gatos blancos de mis sueños
persegúan azules mariposas
en el borde de noche de tus desvelos.

Y ebrios de mariposas y de sueños
mis gatos blancos iban
camino de tus sueños.

Cuando se cayó la Luna
¡sentí quebrarse todas
las porcelanas de tus sueños!

El aire es el único fruto
que en mi huerto tengo.

La tierra se parece a ella.
Recuerdo: en invierno
cosechaba cielos y fuego.

Pero un día se fué prendida a la tarde
y se doblaron los árboles.

Desde entonces no hace otra cosa
que cruzar por mi huerto.

Y me embebo del aire,
y el aire me atrae
regazos de su cuerpo.

ABRIL DE VIVERO



El lago es un tentador juego de la oca que nos vuelve un poco niños, infiltrándonos el deseo de alcanzar la cabaña.



PERFILES A TIEMPO RÁPIDO

POLA NEGRI

Una, dos, tres, cuatro nacionalidades. O un acertijo. «¿Dónde nació la estrella?» O un principio de capítulo a la primera *manera* de Azorín. «Esta artista: ¿nació en Polonia? ¿Quién sabe si en Germania! Pero no: en América. O tal vez en Austria...» Suma: una, dos, tres cuatro naciones que aplaudirán, sin reservas, las producciones de su actriz.

Toda una larga escala de interpretaciones. La princesa altiva y la pescadora de la barca ruín. «Madame Dubarry» y «Carmen, la Gitana». Toda una extensa gama de sentimientos. Odio, amor, celos... (Todo rabioso). Todo en una suma: Pasión. Labor desconcertante. Gesto declamatorio y gesto sobrio. Ambiente ruso de la época de los zares y sentimentalismo francés de los buenos tiempos de Mr. Loubet. Joyas deslumbrantes con pedruscos enormes, del cofreci-

llo de la Gran Catalina. Harapos míseros y actitud famélica de la Era Roja... Triunfos clamorosos: desaciertos inconcebibles. Por encima de todo, un librito menudo y magnífico: lo mejor que se ha escrito en cinematografía. Un libro de alta categoría literario-cinéfila: «La Vie et le Rêve au Cinema», por Pola Negri. En preparación, otro: «Souvenirs et Impressions» (Los dos en francés: ¿otra nueva nacionalidad?).

La vida íntima, proa a la aventura. Infancia dorada. Cortes suntuosas. Reyes, príncipes... Oficiales de la Guardia Imperial ataviados con uniformes nítidos surcados por galones de oro y de plata. Persecuciones. Terror. Danzas. Todo rojo... El mar, la pantalla y los contratos fabulosos con la Paramount.

La aventura sigue... Uno, dos, tres amores llameantes. Uno, dos tres astros danzando en torno a la estrella... Una, dos, tres bodas frustradas... ¿Se casa Pola con Charlot? Pasión furibunda: propaganda a todo trapo. Pero no: ya no se casa Charlot con Pola. Los calzones astrosos y las joyas de la Gran Catalina son incompatibles... Tras de Carlitos Chaplin, Valentino. ¡¡ Pola Negri y Valentino!! Inminente apoteosis color de rosa de final de novela blanca. O de última





captar ese perfil? Nacionalidades varias, facultades múltiples, rostros y figuras y amores varios, múltiples también. Perfil, vida de artista, proa a la aventura... Y cuenta corriente en varios Bancos de Europa y de América. Palacio en Leningrado. Y residencia rústica en Hollywood.

Y otra vez a la manera de... quien sea. ¿Cómo tiene el rostro esta mujer desconcertante? ¿Es bonita?... ¿es fea?... ¿arrogante?... ¿desgarbada?... ¿tal vez graciosa?... ¿gentil?... ¿atractiva? ¡vayan ustedes a saber! Cada retrato dice una cosa distinta. Uno, dos, tres, mil rostros... ¿Cuál será el auténtico de esta desconcertante mujer?

FELIPE CENTENO

Venus adolescente

En el césped del soto
duerme el río a la sombra.
En la arena del vado
unos pies han dejado
las hojas de sus huellas.

Huele a estatua de niebla,
flor de jardín lejano.

La noche se ha escondido
en una verde cueva,
y sus ojos destilan
la elegía del musgo y la yedra

El cielo llama a voces
a la montaña ciega.

La veredita canta:

«Blancaflor está sola
delante de su casa.

Blancaflor se ha bañado
para brillar
como una lámpara».

Un pájaro la ha visto
debajo de una acacia;
un ruiseñor que se la lleva
al nido en la garganta.

J. J.

*El poder de un hombre amengua cuando
quiere ser más poderoso que la ley.*

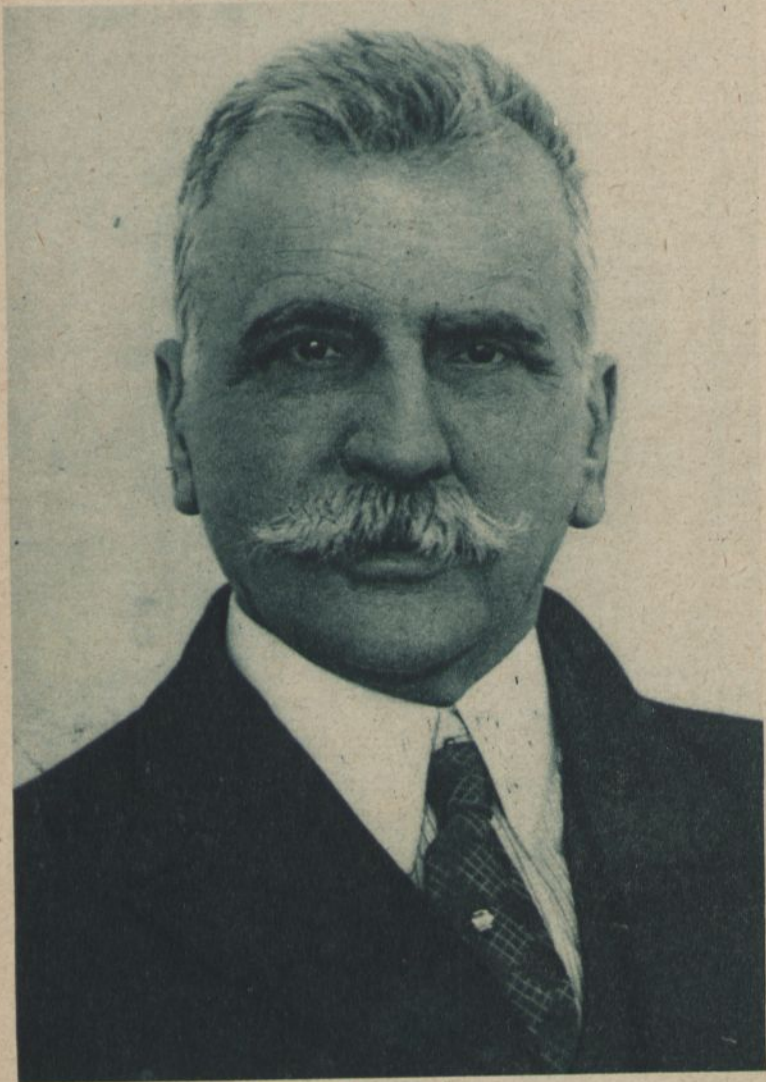


escena de película del Oeste. Todas las burguesas del mundo envidian a Pola Negri.

Trágico fin de Valentino—. La película color de rosa se cubre de opacos crespones—. Llanto sin límites de la estrella desconcertante. Viéndola entrar en la capilla ardiente (gacetillas gráficas de los Noticiarios peli-culescos) todas las burguesas del mundo derraman abundantes lágrimas. (Epílogo del cinedrama: joyas, muebles, trajes, objetos de arte y hasta calzoncillos del pobre Rudy son vendidos en pública subasta. Pola Negri, la apasionada prometida, la inconsolable casi viuda, reclama de la familia del malogrado astro quince mil dólares que ella prestara a Rodolfo sin saber que él iba a jugarle la mala pasada de morir antes de pagárselos.) Y ahora la estrella se une en matrimonio a un príncipe ruso. Nada menos... o nada más. Otra vez las joyas de la Gran Catalina. Y un palacio en Petrogrado. Nueva apoteosis de papel dorado y nubes de color de rosa. Las burguesas cinéfilas del mundo, con los ojos vueltos hacia la tierra de los bolcheviques. Y como rima perfecta del arte y la vida, filmación, por la Paramount y con Pola Negri de protagonista, de la película «Hotel Imperial».

¡Perfil de Pola Negri! ¿Quién podría

NUEVOS ACADEMICOS



El Excelentísimo Sr. Conde de Gimeno que ha ingresado en la Real Academia española

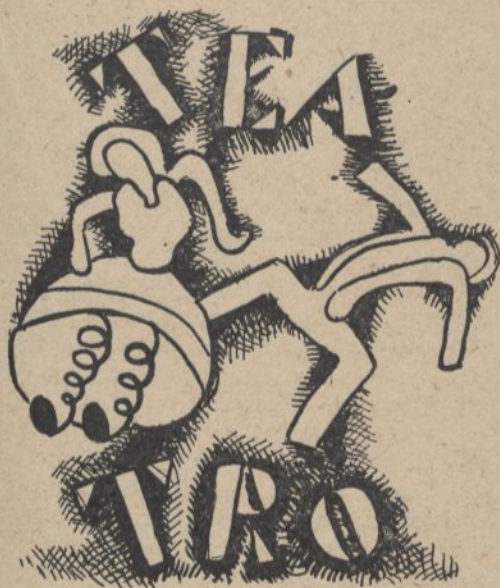


El notable escritor y crítico literario don Angel Dotor, con cuya colaboración se honra MUNDO IBÉRICO, que acaba de ingresar en la R. Academia de Bellas Artes de S. Fernando

EXPOSICIÓN INTERESANTE



El artista catalán José M.^a Gol, que ha inaugurado una exposición de vidrios esmaltados en el "Club Femenino Español de Madrid"



LOS HERMANOS MACHADO EN EL TEATRO

Por MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

II

En una poesía que todos conocemos se ha definido a sí propio Manuel Machado, según este verso:

«Tengo el alma de nardo del
árabe español...»

Del árabe español que ha pasado por el Bulevar. Así arrastran los versos de Machado el mayor, sones de guitarra andaluza y acordes del violín de Verlaine. En Manuel el poeta del clavel, el azulejo y el surtidor; del ajengo bohemio, de la tristeza que escolta las orgías y de los goces fáciles que la vida ofrece a quien la sabe cortejar. Su hermano Antonio, aun nutrido tal vez de la misma recóndita y caudalosa vena popular, prefiere la sentencia cargada de sentido transcendental a la copla ligera y huidiza: ama con más vehemencia las encinas de Castilla que el emparrado bético. Cómo hace pensar antes en un remanso que en el borbotón de una fuente. Nunca goza tanto Machado el menor como cuando se escucha a sí propio:

«Converso con el hombre que siempre va
[conmigo:
quien habla solo, espera hablar a Dios un
[día...»

Así ha dicho el poeta, que al colaborar con su hermano ha acertado, como éste, a concordar las liras peculiares. Si Antonio da la gravedad del acorde, a Manuel se debe la gracia de la melodía.

Julianillo Valcárcel se llamaba el arriscado aventurero que resultó ser hijo del conde-duque de Olivares. Justamente en el momento de su entrada en la corte, ya bajo el nombre de don Enrique de Guzmán, y cargado de veneras y grandeza, es cuando

nos lo presentan los hermanos Machado. El momento histórico está bien acusado. Oportunas alusiones—tanto más oportunas cuanto que son rápidas e incidentales—hacen haber que la España de Felipe IV anda en guerra con Holanda y Portugal. El valido lo llena aún todo con su fatua grandeza. Ajustada en este marco, la anécdota amorosa que da vida literaria al cuadro, queda planteada en el primer acto de *Desdichas de la Fortuna: Julianillo Valcárcel*, recién llegado a la corte, no se aviene a la rigurosa etiqueta, nostálgico de sus aventuras en campo abierto. El rango no le hace feliz. Y mucho menos al advertir que su padre le ha buscado esposa: una rica y noble heredera. Pero a quien el nuevo don Enrique ama es a cierta muchacha, de vehementes pasiones, que le siguió, mundo arriba, mundo abajo, en sus tiempos de Julianillo, soldado a ratos, bandolero si fué preciso, galán que de la aventura hizo siempre su elemento natural. ¿Cómo no ha de languidecer su ánimo al quedar confinado en el palacio del conde-duque! Prisión, al cabo.

El tema, pues, es genuinamente teatral. Más teatral quizá en su punto de partida que en el desarrollo ulterior, cobra animación y colorido en el segundo acto, merced al cual sabemos que don Enrique riñe con su amante en un rapto de celos. Pierde fuerza—nos parece—en la tercera jornada, que nos presenta al mancebo, casado ya contra su gusto, pero decidido a reanudar las relaciones que le hicieron feliz en su turbulenta mocedad. Mas la antigua amante sabe sacrificarse y huye sola. No será ella la que perturbe el hogar del caballero.

Y vemos, por último, en el cuarto acto, morir a don Enrique, enfermo de tisis y de ilusión...

Juan de Mañara es una criatura de firme complexión dramática, palpitante de vida española, sin quebranto de su íntima substancia humana. Muy humano y muy español es este carácter novísimo del hombre que por el amor va a la penitencia. Los Machado han querido vestir a su personaje con ropa de hoy para hacer patente, sin duda, el latido inextinguible de un alma que es ajena al paso de lo circunstancial. Mañara vive el drama, jamás rematado, del amor en lucha con las sollicitaciones alternas de la carne y de Dios.

Como se presumirá fácilmente, no es Mañara apellidado dado por capricho al protagonista, llamado, además, Juan para mayor evidencia de la filiación. En este muchacho impetuoso, seductor y seducido; juguete, obsesión, escarmiento, tirano y perdición de mujeres, se realiza una vez más el mito hispánico que históricamente cuajó en la figura del caballero sevillano, que fué, a la postre, tan santo y ejemplar como libertino hasta el escándalo, en un principio.

El Mañara de los Machado pisa en la primera mitad del poema dramático como ser vivo, de carne y hueso, que gravita sobre la acción, hace temblar los corazones en torno y proyecta la sombra, vasta y móvil, de pasiones auténticas. Luego, acen- tuándose hacia el fin este fenómeno, se hace más incorpóreo, se levanta sobre el suelo en levitación de iluminado, se torna ingrá-

vido, pierde calidad humana, y asume el valor de un símbolo.

A lado y lado del personaje central, dos caracteres de mujer completan este retablo, justificando las sucesivas actitudes de Juan de Mañara: Beatriz y Elvira. De la una a la otra va su corazón insatisfecho, sólo al cabo redimido de todo apetito, por obra de la gracia divina.

«Vivir es santo deber;
pero en la vida no está
lo que sólo puede ser
más allá.

Elvira, Beatriz: os veo
juntas. Las dos en la ola
de esta luz sois una sola...»

Esto dice Mañara con palabras que ya congela la muerte. Y conste de pasada que en estas escenas finales, de bien graduado patetismo, la expresión poética logra aciertos que sólo encuentran punto de comparación en la escena que mantienen Juan y Beatriz en el primer acto, bellísima por el acorde perfecto que logran Poesía y Dramática. Pero en el remate de la obra, traspasada hasta la palabra más trivial de emoción, logra el verso gentileza y melancolía de saeta o «soleá».

«Mistelo por dónde viene
el mejor de los mortales...»

Primero *Julianillo Valcárcel*. Ahora, *Juan de Mañara*. Miren por dónde viene, con porte señorial y populares gracias, la Musa dramática de los hermanos Machado.

Crónica literaria

AUTORES Y EDITORES

LA PROPIEDAD INTELECTUAL

Por M. CIGES APARICIO

Mucho imitamos los españoles; muy poco nos imitan. Pero hay algo en que íbamos a ser imitados y nosotros mismos queremos suprimir el ejemplo.

La reciente Conferencia del Libro ha querido modificar la ley de Propiedad intelectual. ¿En favor del escritor? En daño suyo. No hubo acuerdo, y los asambleístas acordaron «proponer al Gobierno de S. M. se sirva designar una Comisión que en el más breve plazo estudie y proponga las modificaciones pertinentes a lograr una nueva ley, por la que sea España incorporada al progresivo desenvolvimiento que la propiedad intelectual ha alcanzado en el mundo».

¿Qué quiere decir ese galimatías? ¿Qué designio encubren esas obscuras palabras? ¿A qué «progresivo desenvolvimiento de la propiedad intelectual» se trata de incorporar España? En todas partes se desea suprimir las lindes que separan la propiedad intelectual

tual de la material; en todas se aspira a la perpetuidad de la primera, mientras un nuevo régimen social no anule las dos. ¿Y cuál de ambas posee caracteres más esenciales que la vinculen a su dueño? Con dinero puedo comprar un campo, construir una casa, erigir una fábrica; otros adinerados están en aptitud de hacer lo mismo. Lo que yo y mi vecino somos incapaces de crear es «La Eneida», «La Divina Comedia» o el «Quijote». ¿Por qué ha de tener más permanencia el título posesorio de un campo, de una casa, de una fábrica, que el de una obra forjada por el espíritu de su autor? Contra la última se ha aducido en la Conferencia del Libro los derechos de la humanidad, el interés de que el mundo se beneficie de ella. En el mundo se ha repetido tantas veces el argumento, que es ya un lugar común. Pero ¿se trata de un argumento o de un sofisma? El reparo opuesto a la perpetuidad sólo tiene apariencias de validez por suponerse que la prescripción abarata el libro y lo hace más asequible al público. El abaratamiento lo aportan las grandes tiradas. Víctor Hugo y otros autores no tuvieron que esperar el ingreso en el dominio público para que las prensas lanzasen sus copiosas ediciones populares. En vano los diarios y las revistas francesas divulgaron hace tres años que Alfredo de Vigny había pasado al régimen de libre disposición; los editores no ignoraban que el autor de «Grandeza y Servidumbre» jamás sería popular, y sólo hicieron ediciones costosas. «Grandeza y Servidumbre» y otro título de Vigny los reimprimió Nelson a bajo precio y profusa tirada cuando estaban sometidos a derechos.

Si; el mundo tiende «al progresivo des-
envolvimiento de la propiedad intelectual»; pero en este respecto es España quien ha progresado y el mundo el que desea imitarla; no al revés, como la primera conclusión de la Conferencia sugiere. La guerra y la trasguerra han sido alictivas para los escritores, y más si pertenecen a países de moneda depreciada. Henri Bordeaux dice que los intelectuales notorios de Francia apenas han visto duplicarse sus derechos, mientras que se han cuadruplicado o quintuplicado los sueldos y jornales de funcionarios y obreros. Entre las reformas inmediatas que por todas partes se propugnan, una de ellas consiste en retroceder los límites de la propiedad, fijándolos en ochenta años, a la manera española. Así lo sostenía *La Dépêche* de Toulouse hace alguna semana. Así lo aconsejaba *L'Écho de Paris* hace dos meses. Así lo propuso hace poco más la encuesta que para el fomento del libro italiano abrió *La Fiera Letteraria*. ¿Y no se ha recordado en la Conferencia el éxito que en el Congreso de los Autores dramáticos obtuvieron los representantes de España, y que nuestra ley se adoptó como modelo?

¿Por qué atentar contra ella, que es privar de ejemplo a los que desean imitarla? Se ha dicho que, amparándose en la ley francesa de los cincuenta años, un editor parisino ha editado las obras de Bécquer, de las que sus colegas españoles no podrán disponer libremente hasta que transcurran otros treinta años. La denuncia del caso des-
concertó a la Conferencia; la desigualdad de trato era tan patente, que los defensores de nuestra ley se quedaron sin razones; los

editores exultaron... Es un caso... ¿Cuántos más pueden aducirse?...

Yo sospecho que si al editor de París no se le ocurre publicar a Bécquer, las obras del poeta hispalense hubiesen ingresado en el dominio común sin que ningún español se acordase de aprovecharlas. ¿A cuántos autores no se deja en olvido? ¿Qué hacen nuestras casas de tanto tesoro bibliográfico, exento de derechos, como tienen a su disposición? ¿No es mengua del arte editorial hispánico que falten las obras completas de Cervantes en edición pulcra y económica? Y no hablemos de autores más numerosos, como Quevedo o el Fénix de los Ingenios. ¿Pero, no quedan todavía comedias inéditas de Lope de Vega que esperan la impresión? Id al antiguo palacio de Richelieu o al British Museum. Allí sólo hay ya papeles casi inservibles. ¿Cuántos manuscritos literarios, cuántas obras que duermen desde los días de su autor aguardan la piadosa visita que los despierte? Desde hace veinte años oigo repetir a un archivero que tiene registradas y ordenadas más de mil quinientas poesías del siglo de oro y de los autores más gloriosos: Lope, Calderón, Góngora, los Argensolas... ¿Quién las adquiere? ¿Tendrá que venir algún extranjero a copiarlas? ¿Qué escándalo suscitarán luego los indígenas!... ¿Y los historiadores de Indias, antiguos y modernos? ¿Cuánto hay de ellos publicado? ¿Qué editor rebusca en el Archivo oficial de Sevilla? ¿Quién trata de invadir los archivos particulares?...

Al llegar aquí oigo que alguien me dice:

—Casi todas las crónicas de la Edad Media están inéditas...

Así es.

—La Gramática de Nebrija no se encuentra. Los alumnos del Centro de Estudios Históricos, los discípulos de Navarro Tomás, tienen que copiarla o tomar notas manuscritas...

—Perdón. La obra del nebrijense está reeditada.

—Poco tiempo hará...

—Sólo algunos días.

—Al fin, se ha enterado un editor...

—Los editores no se han enterado de que hacía falta. Ha sido un antiguo discípulo de Navarro Tomás, González Llubera, profesor en Belfast, el que acaba de publicarla a sus expensas.

—¿Y qué me dice del Diccionario de Covarrubias?

—Sólo puedo decirle que para consultarlo es preciso ir a una Biblioteca, y que no en todas se encuentra. En cambio, si algún ejemplar aparece en las librerías de lance, desaparece en seguida, pagándose por él hasta trescientas pesetas.

—Ese precio revela su necesidad...

—Hasta que un extranjero se decida a reeditarlos; pero ya verá usted cómo entonces protestamos en casa...



LIBROS NUEVOS

Por ENRIQUE DE LEGUINA

El torero Caracho, por Ramón Gómez de la Serna.

En aquellos tiempos de *Prometeo*, publicó Gómez de la Serna «El teatro en Soledad», luego vino, no hace mucho, «El Circo» y ahora este «El torero Caracho», que completan un ciclo espectacular. O sea una visión de los espectáculos de gran sentido crítico y —lo que muchos no sospechan— profundamente emotiva.

Porque la realidad de Gómez de la Serna—precisamente por ser verdadera realidad—tiene una emoción que es la misma de las cosas, en las que el agrado y el desagrado, lo muy grande y lo infinitamente pequeño, las mutaciones y las interpretaciones, están al momento y no dentro de esa caja de madera en que los literatos encierran sus joyas literarias como si fueran algo definitivo e inmutable.

Hay en «El torero Caracho» una doble acción: externa, anecdótica y humorística la una; interna, escalpelante y llena de sugerencias la otra.



Son los mismos muñecos que ya manejaron otras plumas. El lidiador, su gloria, su miedo, sus amores—al público le interesa más el ilegal,—pero que esta vez no bailan en la farsa de una trama folletinesca, sino que se sostienen sobre sus verdaderas piernas y sus palabras y acciones nacen de las cabezas que cada fiesta llevan millares de españoles a nuestros circos.

Sería inútil y pretencioso descubrir en estas líneas—cortadas por la imposición de una página—a Gómez de la Serna, pero me interesa hacer resaltar que no es de ahora el fluir de la emoción en sus obras. ¿Y aquella «Niña de las naranjas»?...

Decididamente la vida se decide por el claroscuro y el triunfo de las pequeñas causas y los efectos impensados. Y la literatura de Ramón se funda en el amor a todo y el contraste de todo. Las cosas se transforman en personas y las personas se sitúan como objetos. ¿Ocurre algo distinto en la vida?

Lo demás ya está juzgado. «El torero Caracho» tiene su propio estilo inconfundible y se enlaza perfectamente a las anteriores producciones del audaz escudriñador del viejo Madrid y las modernas Babilonias.

ESTE NÚMERO HA SIDO REVISADO
POR LA CENSURA GUBERNATIVA



Traducción de ADOLPHE FALGAIROLLE y ENRIQUE DE LEGUINA

I

Por T. S. H.

Jovial y trepidante, bajo presión como siempre, hasta en días de vacaciones, mi amigo René Jolliet, el famoso cineasta, me acogió en la terraza tendiéndome las manos. Después me llevó consigo hacia la logia abierta a la brisa marina donde la *star*, su mujer, conversaba con dos personas desconocidas ante una mesita preparada para el aperitivo.

Dejándome apenas tiempo de saludar a la indolente Lucienne Jolliet, recostada en el diván, con un clavel en la mano y pintada como en las películas de la «Superbo», que hicieron a todos familiar su encanto casi oriental, me designó a los dos extranjeros, presentándome:

—Mi viejo amigo el doctor Antoine Marquin, agregado a la expedición Barcot y que se prepara a partir en el *Erebus II* a la conquista del Polo Sud.

Y yo me incliné ante:

—El doctor. Hans Kohbuler, profesor honorario en la Universidad de Bale, y su encantadora hija, la señorita Federica-Elsa Kohbuler, doctora en Ciencias Matemáticas... que deseaban conocer, Antonio, y que al saber que hoy, al mediodía, estarías con nosotros, nos hacen el honor de aceptar también nuestro almuerzo... Les prevengo que será con toda confianza. ¡A la buena de Dios!

A guisa de comentario, rectificando este desagradable augurio que su mujer saludó con un «¡oh!» indignado, Jolliet lanzó una maliciosa mirada hacia la vecina habitación. En el comedor contiguo a la terraza que dominaba desde las altas rocas el mar soleado, la playa multicolor y los tejados de Wimereux, dos criados, circulando silenciosos, terminaban de poner una mesa florida y prometedora...

Pero yo no hice más que dirigirle una mirada de complacencia y mi interés se concentró en la joven doctora. Su vista me producía una rara emoción, desconocida hasta entonces: era como si encontrara en esta joven alta y esbelta, de rubios cabellos como un paje florentino, de cara seria y dulce, de ojos azules avivados por las cejas y las pestañas negras, una buena amiga de siempre. Ella también me miraba con una curiosidad simpática y sin disimulo.

Trabajo me costó sobreponerme para escuchar a su padre que me hablaba. Este personaje, con aire de hombre de mundo, de docta calvicie, de nariz semítica, de barba pimienta y sal, clavaba en mí, tras sus lentes redondos, una mirada inquietante con sus ojos verdes malaquita.

—Querido colega — me decía, — puesto que nuestra encantadora huésped ha querido preparar esta entrevista con usted, iré directamente a los hechos con una franqueza de hombre de negocios... Pues yo no soy únicamente, como usted, un sabio: las necesidades de la vida actual...

»Permitame primeramente una pregunta: El Polo Sud se descubrió ya hace varios años. El comandante Barcot vuelve a emprender este viaje. ¿Es cosa oficial... para tomar posesión en nombre de su país?

Un ligero acento germánico y una sombra de agresión velada bajo la cortesía del tono, me erizaron contra el profesor suizo. Pero la seducción — mejor dicho, el magnetismo — que ejercía en mí la que yo llamaba ya secretamente «Federica», atenuó la sequedad de mi respuesta:

—Nada de eso, señor profesor; nuestra misión nada tiene de oficial. Sus fines son sólo científicos: vamos a explorar las altas regiones del Antártico.

—¿Ve usted, padre? — pronunció la joven doctora en un francés impecable y con una voz de contralto que me hizo sobresaltar deliciosamente.

Sin ocuparse de su hija, replicó el profesor:

—Le felicito, querido colega... Si yo tuviera diez años menos y si el personal del *Erebus II* no fuera seguramente ya completo, me uniría con gusto a ustedes...

—¡Ah, doctor — dijo fogosamente el cineasta, que nos servía el Oporto y no había oído más que la última frase, — es usted como yo! Si hubiera sido posible, yo me hubiera propuesto también al comandante Barcot... ¡El Antártico! ¡Qué estupendas películas podrían filmarse!... Hasta nuestra querida *star*, que es friolera como una culebra — añadió mirando a su mujer. — Pero Barcot tiene el completo hace ya tiempo, ¿verdad, Antonio? Y sin tu amigo Jean-Paul Rivier...

No terminó la frase, y con una sonrisa de inteligencia llevó la copa a sus labios.

—M. Jolliet se equivoca sobre las intenciones de mi padre — dijo la joven con serenidad. — Mi padre no solicita de ningún modo el agregarse a la expedición.

—Yo no deseo más que una cosa: conocer al Mecenaz cuyo nombre acaban ustedes de pronunciar, declaró netamente Kohbuler. Tengo que proponerle un negocio y puesto que usted es amigo suyo, querido colega...

—Su amigo de colegio — confesé yo. — A él debo el formar parte del personal del *Erebus II*... Y no ha sido fácil. El comandante Barcot...

—Oye, Antonio — interrumpió Jolliet, — si es pasado mañana la salida de Marsella, difícil te será el presentar al doctor Kohbuler a Jean-Paul Rivier!

—¡Ah! ¿Sale usted pasado mañana? — dijo el suizo, mirándome. — Pero, ¿supongo que estará usted en París mañana?

La esperanza de volver a encontrar a Federica al mismo tiempo que a su padre me hizo latir el corazón:

—Sí, estaré veinticuatro horas a partir de esta noche.

—Pues bien; nosotros llegaremos mañana a las once... ¿Cree usted que M. Rivier aceptaría venir a almorzar al Claridge... si usted me lo presentara antes, como por casualidad en el café?

—Así lo creo... Mientras él se encuentre en París — añadí.

Entonces un timbre eléctrico zumbó en un rincón de la terraza.

—¿Me permiten ustedes? — dijo Jolliet, levantándose. — No es el teléfono: es un advertidor de T. S. H., una nueva invención muy ingeniosa. Esta llamada significa que hay una emisión telefónica de la Torre... ¿Las doce y veinte? Es anormal. ¿Qué podrá ser?

Se sentó ante un mueble cargado de un complicado mecanismo

y se puso a manejar unas manivelas. Se encendieron dos lámparas... Con el casco de los auriculares, nos miraba de reojo, con aire de extrañeza:

—¡Oh! ¡caramba!—dijo a media voz durante nuestro atento silencio.

Después murmuró:

—¡Noticias sensacionales!... ¿Quieren ustedes oírlas?

Crujió un conmutador: y de un portavoz surgió una voz clara, captada en la mitad de una frase:

«...devasta el norte del Atlántico. Siete llamadas de desesperación se han recibido en los postes de la costa, durante la última media hora. Precedido por una ola de fondo gigantesca avanza el ciclón con una velocidad de más de cien kilómetros por hora. El *Luteria*, de la compañía Cunard, en un mensaje cortado bruscamente, señala la lejana aparición de una tromba de agua y de vapores, seguida de una formidable explosión... aparentemente la de un volcán submarino... Adiós, señoras, adiós, señores. A las 14, nueva emisión para dar los detalles complementarios... Vuelvo a repetir para los que no han oído bien: Allo, allo! Aquí la Torre Eiffel. Un ciclón sin precedentes devasta el Atlántico del Norte. Siete llamadas de desesperación...»

Jolliot nos dejó escuchar hasta el fin por segunda vez. Embargado por la emoción, miraba yo a Mlle. Kohbuler, sentada en el diván, el busto erguido, y cuyos ojos, me miraban expresando una dolorosa angustia. La *star* consideraba la noticia, aparentemente impasible y olía su clavel rojo. El profesor suizo, atento, fumaba su cigarrillo arrojando el humo con parsimonia.

La voz calló. Pero con un «chit» imperioso y breve, cortó Jolliot las exclamaciones y comentarios. Manejaba sus aparatos... Y el portavoz continuó. Pero las estridencias moduladas por los signos Morse eran ininteligibles para los profanos. Lápiz en mano, el cineasta apuntaba en un bloc.

—Una llamada S. O. S... del cargo noruego Oslo— anunció por fin.

Después, en otra amplitud de ondas, un sonido como de trompeta gangueó en largas y breves:

«Todavía otro naufragando. Vapor pesquero *Santa Ana*, de Paimpol!...»

La insistencia de su mujer arrancó al sin-hilista de su pasión, recordándole sus deberes de huésped.

—Es verdad, ya lo sabremos pronto por la comunicación de la Torre...

Y girando en su butaca, se volvió hacia nosotros:

—¡Eh! ¡Desgraciadamente la televisión está todavía en la infancia! Estoy seguro de que dentro de diez años existirán aparatos que nos darán a domicilio, aquí en Europa, los espectáculos de allá abajo, del Atlántico, a tres mil kilómetros... ¡Debe ser formidable... espléndido!

—Atroz querrá usted decir, señor—pronunció Federica.—Pero esperando la televisión, la simple noticia de estos desastres, que a esta misma hora pasan allá, basta ya para comprimirnos el corazón.

—¡Cuántos huérfanos! ¡Cuántas viudas!—creyó declamar teatralmente la *star*.

—Sí—comenté yo,—desde ahora toda la tierra vibra al unísono, gracias al telégrafo sin hilos... Hace quince años esta catástrofe nos hubiera emocionado cuatro días más tarde. El ritmo de la vida se ha acelerado en nuestro planeta y la humanidad forma cada vez más, un bloque, un solo organismo palpita a la vez con las mismas reacciones.

—Olvida usted la guerra, querido colega—dijo el suizo, irónicamente.—Su «bloque» no es homogéneo. Las razas son irreconciliables... cargadas en diferentes potenciales de sensibilidad.

La señora de la casa no me dió tiempo para replicar. Odjaba las discusiones, aunque fueran corteses. Y llevó la conversación al tema de actualidad:

—En todo caso, se terminará después de estos siniestros: el ciclón va a agotar sus fuerzas, se disipará, desaparecerá...

—¡Hum! Tú eres optimista, *Cienne*—dijo Jolliot.—El ciclón podría todavía agarrar algunos navíos en ruta, antes de llegar hasta nosotros... como todas las tempestades del Atlántico. Ya podemos preparar los paraguas... Pero no es una razón para ayunar: sentémonos a la mesa: así, tomando el café, dentro de una hora, recibiremos las noticias de la Torre.

La comida nos distrajo. Después de los entremeses, al servir el pescado, se estableció una tregua tácita: relegamos la cuestión de los naufragos al dominio del subconsciente y hablamos de otras cosas. El profesor y Jolliot se lanzaron a una disgresión sobre los

méritos respectivos de los Palaces europeos y americanos y la misma *star* se animó bastante.

Esta ocasión bendita me sirvió para cambiar algunas frases con mi vecina, la doctora encantadora, a quien, como a mí, no interesaba la cuestión. Pero, ¿a qué contar nuestras palabras? Banales y frías para un auditorio cualquiera, servían de simple soporte a la maravillosa intimidad que se revelaba entre nosotros y mis ojos respondían en el mismo lenguaje a la límpida confianza que me dedicaban sus ojos azules de pestañas negras... Sinténdome a su lado como en un baño de efluvios beatíficos, supe que el amor acababa de ligar para siempre nuestros magnetismos secretos.

Le pregunté el nombre de su perfume.

—«Remember»—dijo ella, sonriendo.—El nombre es un poco tonto, pero me gusta el perfume. ¿Le place a usted?

—Evoca para mí un hermoso día de verano en el mar—murmuré con recogimiento:—el sol sobre la arena y la frescura salina... Es fuerte y profundo como uno de esos paisajes que no se olvidan nunca...

Me lanzó una mirada de infinita dulzura y entreabrió los labios para contestarme...

Pero no tuvo tiempo. En este minuto preciso, un rumor subterráneo se levantó, sordo y prolongado, una especie de trueno: los vasos se entrec chocaron y la casa vibró como si un pesado camión pasara contra sus paredes. Sin embargo, la villa se encontraba aislada en su parque, al borde del acantilado y a cincuenta metros de la carretera.

—¡Un terremoto!—exclamé, recordando el que sentí en Italia.

Ignorando semejante fenómeno, los otros convidados se miraron más sorprendidos que inquietos.

—¡Vaya, vaya, querido colega, se engaña usted! ¡Nunca hubo sacudidas sísmicas en esta región!—objetó el profesor en tono desdenoso.

—Sin embargo, será quizá más prudente salir al aire libre—sugirió la *star*, sin moverse de su sitio.

Un minuto estuvimos bajo esta impresión con las servilletas en lo mano, prestos a salir. Pero la sacudida no se renovó y tuvimos vergüenza de nuestra emoción.

La risa fresca de la joven doctora saltó la primera. Admiré su franqueza.

—¡Me ha dado usted miedo, señor Marquín!

—Lo siento mucho, señorita, y le ruego me perdone; pero me ha parecido reconocer los síntomas precursores de un temblor de tierra. Me encontraba en Nápoles en 1912 cuando hubo un ligero terremoto y fué exactamente como aquí hace un momento.

Jolliot consultó su reloj:

—La una, 55. Dentro de cinco minutos nos dirá la Torre el por qué. Pasemos a la terraza, ¿quieren ustedes? El café está servido.

Pero sufrimos una decepción. El mensaje radiotelefónico no nos habló más que del ciclón que ganaba en extensión causando nuevos siniestros:

«Ignoramos el número exacto, pues las comunicaciones por cable y por T. S. H. se interrumpen con América del Norte... Considerando la trayectoria del fenómeno y su velocidad de traslación, el despacho meteorológico prevee la llegada de una violenta tempestad a nuestras costas del Atlántico y de la Mancha para esta noche o mañana temprano. A los navíos navegando actualmente se les avisa para que se refugien en el puerto más próximo... Las salidas de las líneas aéreas, de las líneas París-Londres y París-Cherbourg están suspendidas.»

Los comentarios llovían. Pero yo prestaba una atención distraída: el rápido de las cuatro debía llevarme a París y todavía tenía que pasar por mi casa, en Boulogne, para recoger mi equipaje. Aun disponiendo del coche que el cineasta ponía a mi disposición, no tenía más que el tiempo justo.

Me despedí.

Lucienne Jolliot me deseó buen viaje como si se hubiera tratado de una excursión de ocho días: por poco me pide que le enviara tarjetas postales del Polo Sud. En cuanto al profesor, me renovó su invitación:

—Quedamos de acuerdo, ¿verdad, querido colega? Mañana almorzaremos juntos en el Claridge. Elsa y yo saldremos de Boulogne a las siete treinta, para llegar a París a eso de las 11... Citémonos a las 11'30 en la Taverne-Royale. Y procure llevar a su amigo M. Rivier.

(Continuará)



LA MESA

EXPLICACIÓN DE LAS CUATRO MEJORES RECETAS

Cola de merluza con salsa diáfana

Estando la merluza bien limpia, se pone a cocer en una cacerola cubierta de agua fría, encima un sazón de sal, chorro de vinagre, laurel, unas hojas de perejil y un hilillo de aceite. Déjese cocer durante unos veinticinco minutos; al momento que vaya a servirse se separa la merluza de su cocción y la colocaremos en el centro de una bonita fuente, adornando los bordes de esta merluza con medios huevos duros y algunas patatas, que bien pueden cocerse con la merluza.

Pudiendo cambiar el adorno éste por otro, tal como adornarse con langostinos o cangrejos cocidos, pepinillos, limón, adornado, tiras de pimiento marrón o pequeños canapes de ensalada rusa. Como ya queda indicado, puede escogerse cualquiera de estas guarniciones, debiendo de ser siempre dos cosas, no omitiendo nunca las patatas cocidas.

Esta forma de presentar esta merluza puede aplicarse a otros pescados cocidos, pudiéndose servir con salsas calientes o frías. Pasemos ahora a explicar nuestra salsa.

Salsa diáfana (caliente)

En una pequeña cacerola puesta sobre fuego con 50 gramos de manteca de vaca, pondremos una buena cucharada soper de Maizena Duryex, remuévase con una espátula de madera o con el batidor pequeño, mójese con una copita de leche fría (cocida antes) y otra igual cantidad de caldo hirviendo en que hemos cocido la merluza, teniendo en cuenta que los dos líquidos unidos no deben de pasar de la cantidad de un cuartillo; trabájese bien con el batidor, añadir un poco de pimienta blanca en polvo y una cucharada de queso de bola o Gruyère rallado; cocción lenta durante siete u ocho minutos, pues debe quedar espesita.

En este punto se pasa la salsa por un colador fino a otra cacerola pequeña, poniéndola a continuación al baño maría. Se bate un poco más, añadiendo una yema de huevo con zumo de limón, más una cucharadita de mostaza francesa, rectifíquese de sal, y queda a disposición de servirse con la merluza, puesta en una salsera.

Huevos escalfados Carmen

Se empieza por preparar un Bisi-Bisi (que es un arroz blanco con abundante cantidad de pequeñísimos guisantes finos, mantequi-

lla y queso rallado), el cual se cocerá media hora antes de emplatar nuestro plato, moldeándolo una vez fuera del fuego, empleando uno de estos moldes en forma de corona, conocidos por Savarín, que esté previamente mantecado.

Los huevos se harán escalfados (que son cocidos en abundante agua con un chorrito de vinagre, durante cuatro minutos. Acto seguido se sacan del agua hirviendo con una espumadera, y se ponen en un recipiente con agua fría, con algo de sal), calculándolo a dos huevos por comensal.

Seguidamente se hace una excelente salsa de tomate, bien fría, y se monta en el baño maría con tres yemas de huevo, por cada litro de salsa. Una vez montada, se rectifica de sal y se le añade una punta de pimienta Cayena y un poco de estragón fresco picadísimo.

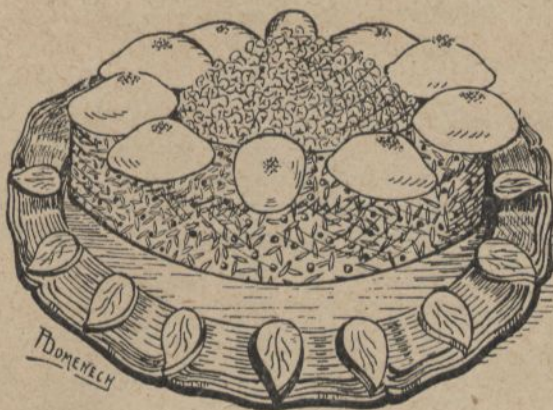
Ténganse hechos para el momento de emplatar o montar el plato la cantidad suficiente para llenar el hueco, que forma el molde del arroz una vez volcado en la fuente, de riñones de ternera cortados bien delgados y salteados con fuego vivo al Jerez.

Al momento de emplatar se desmoldea el arroz en una fuente redonda amplia, y con la ayuda de una cuchara se hacen encima del arroz tantos huecos (apretando un poquito con la parte cóncava de la cuchara) como huevos hayan (estos huecos no tienen otra misión que la de sujetar bien al huevo encima del arroz). Dentro de cada hueco se coloca un huevo escalfado previamente, recortada la clara y calentándolos en agua y sal preparada de antemano.

El hueco que forma el arroz se llena con los riñones recién salteados al vino de Jerez, dándoles forma alta y espolvoreándoles con un poco de perejil picadísimo.

Se salsean los huevos con la salsa, montada encima de cada uno, se pone, por último, un poco de yema de huevo duro picada.

En los bordes de la fuente se guarnecen con costrones de pasta hojaldrada cortados en forma de hoja.



Huevos escalfados Carmen

MENÚ DE ALMUERZO

Entremeses a la Catalana

Huevos Escalfados Carmen

Cola de Merluza adornada
Salsa Diáfana

Chuletas de Cordero a la parrilla
Patatas Monte Dorado

Postre de cocina

Fresas a la Romanoff

Postres

Patatas Monte Dorado

Se trata de un puré de patatas puesto en conchas grandes, en las que se suelen hacer las conchas de mariscos gratinados o frías.

Cocidas medio kilo o más de patatas con agua y sal, se escurren y se pasan por un tamiz. Transformadas ya en puré, lo ponemos en una cacerola, sobre la plancha del fuego, y lo sazonaremos con un buen pedazo de mantequilla, una poca cantidad de leche, nuez moscada rallada (poquísima) y una yema de huevo. Se trabaja bien el puré con una cuchara o espátula de madera, de forma que quede todo su sazónamiento bien incorporado, debiendo de resultar bien espeso, rectificándose de sal.

Llenas las conchas con el puré de patatas, se alisan bien con la hoja del cuchillo puesta de plano. Se junta encima del puré puesto en las conchas un huevo batido, espolvoréanse de queso rallado, un poco de mantequilla y dórense a bonito calor dorado en el horno, puestas sobre de una placa o lata. Servir estas conchas puestas en una fuente o colocadas alrededor de las chuletas a la parrilla.

Fresas a la Romanoff

Las fresas o fresones bien limpios y escogidos, se rocían con un poco de azúcar glas o lustre, más un poco de Marasquino. Enfriarse media hora antes de servirse entre hielo triturado.

Preparar una buena cantidad de nata fresca, que esté ligeramente azucarada con azúcar de lustre, enfriarse bien entre hielo.

Momentos antes de servir nuestro postre, colocaremos las fresas en uno de estos bonitos recipientes de cristal, que son un poco hondos. Tapar las fresas con la nata montada, alísese bien, por encima de esta nata se adorna con una corona de las fresas más bonitas y con parte de nata puesta en mayo con boquilla rizada, se forma un adorno entre la corona de fresas. Rocíase, por último, con un goteado de Marasquino y sírvase en el acto, poniendo este recipiente encima de una bonita bandeja.

IGNACIO DOMÉNECH

'Prohibida su reproducción.'

CHASCARRILLOS

En el tribunal:

El presidente.—¿Su profesión?

El acusado.—Sepulturero, para servirle, señor presidente.

A un ajedrecista que está abstraído en el café ante el tablero, van a avisarle de que su mujer ha dado a luz un niño.

—Di que voy en seguida—contesta, y sigue en su juego favorito.

Al poco rato, nuevo aviso:

—Señor, le llaman de su casa porque su señora ha tenido otro niño.

Ante la progresión creciente de los acontecimientos, el jugador se levanta, diciendo a su contrincante:

—Usted dispense. Será conveniente que me llegue por casa para que la cosa no pase a mayores.

Preguntóle Luis XIV al obispo de Semlis la edad que tenía el conde de Grammont, que se hallaba presente.

—Señor—respondió el prelado,—yo tengo noventa y dos años, y el conde viene a tener poco más o menos los mismos, porque hemos estudiado juntos.

—Monseñor se equivoca—contestó el conde,—porque ni él ni yo hemos estudiado jamás.

Se habla en una reunión de ecos famosos y se citan algunos que repiten tres sílabas, tal otro cuatro, etc.

—Ezo de repetí no e na—interviene un andaluz,—compáralo con lo que ase er de mi pueblo.

—¿Pues, qué hace?

—Pos si ze le pregunta: «¿Cómo eztaz, equito?», er que va y contesta: «Yo bien, grasía, ¿y uté?»

—¿Voy bien para ir a la cárcel?

—Magníficamente. Yo salgo de allí, y mire cómo voy.

JEROGLÍFICOS

UNA EPOPEYA

		LA		
		LA		
LA	LA	LA	LA	LA
		LA		
		LA		

BEETHOVIANA

LA		ciego	NA
FA	FE	FI	FU
e	i	o	u

(Las soluciones en el número próximo.)

Soluciones a los pasatiempos del número anterior.

De la tarjeta anagrama: *La Vanguardia*.Del jeroglífico: *Un par de medias de algodón*.De la charada: *Encanto*.

Impresos Costa: Conde Asalto, 45: Barcelona

PASATIEMPOS

DEL ARCHIVO DE UN CURIOSO

Origen del toque de Diana

Pocos habrá que no hayan oído el toque de Diana, o al menos hablar de él, pero no serán tantos quienes conozcan su origen. Ese alegre toque de cornetas que se hace al romper el alba y que sirve para despertar a los soldados en las plazas, campamentos militares o a bordo de los buques de guerra, es un resto del paganismo, una reminiscencia del culto religioso que tributaban los romanos en sus campamentos al apuntar el día a su diosa Diana, nombre que conserva todavía dicho toque.

Tal vez pudiera compararse en el aspecto religioso el toque de Diana de las legiones romanas con el toque de Oración o salutación angélica que hacen nuestras tropas a la hora del crepúsculo vespertino.

En las marchas y descansos de tropas sirve también el toque de Diana como señal preventiva de continuación de jornada. Suele darse este aviso cosa de media hora antes del otro toque, denominado «llamada y tropa», o antes, y a veces simultáneamente, si así lo exige la urgencia del caso.

Las bandas de tambores ejecutan igualmente el toque de Diana para saludar o felicitar a un oficial el día que se da a reconocer al frente de su cuerpo e igualmente se toca en las alboradas y otros regocijos que suelen celebrarse en diferentes circunstancias en los cuarteles y en los campamentos.

Tertulias, peñas y capillitas

La palabra *tertulia* se deriva de la moda que se introdujo en España en tiempo de Felipe IV entre la gente ilustrada de la corte de leer, estudiar y discutir en las reuniones sobre las obras de Tertuliano.

Era tan exagerada la pasión que se desarrolló por todo lo de este célebre escritor eclesiástico, llamado Quinto Séptimo Florente Tertuliano, nacido en Cartago en el año 160 de Jesucristo y fallecido a los 85 años, que parecía dar lustre sólo el citarle en las reuniones, y en el púlpito los eclesiásticos. Unas veces le llamaban simplemente Tertuliano y otras, con gran énfasis, «tres veces superior a Marco Tulio Cicerón».

De ahí se originó y luego se extendió el llamar *tertulias* a las sociedades y reuniones de buen tono de las casas particulares, nombre que se ha mantenido, aun cuando en ellas no se hable de Tertuliano ni mucho menos.

Por extensión pasó a llamarse *tertulia* a determinado sitio de los teatros, desde donde, con más comodidad, presenciaban las comedias las personas cultas y eruditas y hasta algunos religiosos.

Y hoy—todo degenera—llamamos *tertulia* a cualquier reunión de café o de rebotica donde se habla de todo y contra todo.

Las *peñas*, también de café, suelen ser un embrión de club que de momento se ahorra el local, y están formadas ordinariamente por *socios* de la misma cuerda, es decir, unidos por su amor a la literatura, al arte—¡qué pocas quedan!—y más especialmente a los deportes y diversiones. Su nombre se deriva probablemente del principio de que la unión hace la fuerza.

Y por último, las *capillitas*, son las mismas peñas, principalmente en arte, política o literatura, pero sin local fijo y en las cuales no se admite a nadie que no comulgue en los mismos gustos y desde las que salen con frecuencia nuevas escuelas y hasta furibundos boicots y excomuniones.

DE LA MUSA POPULAR

Sofí y vi que eras un ángel
qué del cielo te escapabas
y Dios quiso detenerte
y se quedó con las alas.

En el hoyo de tu barba
puse una confitería;
los angelitos del cielo
por caramelos venían.

Mañana a la misma hora
pásese usted por aquí,
que me da mucha vergüenza
decir tan pronto que sí.

Aunque tú no me quieras
tengo el consuelo
de saber que tú sabes
que yo te quiero.

Por Dios, si no me quieres
que no me mires;
ya que no me rescates,
no me cautives.

Dicen que no nos queremos
porque no nos ven hablar;
a tu corazón y al mío
se lo pueden preguntar.

Cemento Portland Artificial ASLAND

De la Compañía general
de Asfaltos y Portland

Producción anual:
200,000 toneladas

Oficinas: Plaza Palacio, 15
BARCELONA

ASLAND empléase
en las obras del Estado

Navigazione Generale Italiana

"SITMAR" - "LLOYD TRIESTINO"

Líneas principales en explotación:

Línea SUD AMÉRICA EXPRESS: Salida bimensual, Barcelona, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

Línea ITALIA AUSTRALIA: Salida regular el 15 de cada mes.

Línea CENTRO AMÉRICA Y SUD PACÍFICO: Salida mensual (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Chile).

Línea NORTE AMÉRICA: Salidas regulares de Génova.

Línea ITALIA EGIPTO: Servicio de gran lujo, salidas semanales.

Para informes dirigirse a la Sociedad
ITALIA - AMÉRICA

Barcelona: Rbla. Sta. Mónica, 1 y 3. Tel. 3291 A y 4521 A
Madrid: Calle de Alcalá, núm. 47. Teléfono 6128 M

Durante el año 1925

el motor de aviación

HISPANO-SUIZA

ha batido los siguientes

"records" mundiales
DE VELOCIDAD

sobre 1.000 kms. a 248,750 kms. por hora

» 1.500 » 218,827 »

» 2.000 » 218.750 »

CON CARGA

500 kms. trasportando 500 kgs. de carga útil a
249 kms. por hora.

LA HISPANO-SUIZA

Fábrica española de automóviles y de
motores de aviación

CARRETERA DE RIBAS, 279

TELÉFONO 250

BARCELONA

Comercial Pirelli, S. A.

Domicilio social: BARCELONA, Rda. Universidad, 18
Sucursales: Madrid - Bilbao - Sevilla - La Coruña



Cobre electrolítico

**Hilos y cables eléctricos aislados
para toda aplicación**

Macizos y Llantas para coches

Cinc "Anaconda"

Bronce fosforoso

**Neumáticos y Cámaras para
Automóviles**

**Artículos de goma para Cirugía,
Higiene y Aplicaciones técnicas**

**Tubos y Mangueras para usos
industriales**

GUÍA DEL COMPRADOR

CASAS RECOMENDADAS

Para combatir con eficacia el
artrismo en todas sus manifes-
taciones, la medicina natural que
no perjudica el organismo, la que
cura radicalmente, es el

AGUA DE CORCONTE

LA REVISTA CERVANTES

DE
LITERATURA, ARTE Y CIENCIA
es la de más circulación en América

Director : D. LUIS G. TDIAY
Administradores : CULTURA, S. A.

Avenida de Italia, 62
HABANA (CUBA)

Suscripción anual . . . Dólares 1'00
Número suelto . . . » 0'10

UNA

Pastilla VALDA

EN LA BOCA

ES LA PRESERVACIÓN del Mal de Garganta, de las
Ronqueras, los Romadizos, los Constipados, las Bronquitis, etc.

ES EL ALIVIO INSTANTANEO

de la Opresión de pecho, de
los accesos de Asma, etc., etc.

ES EL REMEDIO MAS INDICADO

para combatir toda suerte
de Enfermedades del Pecho

Advertencia importantísima : PEDID, EXIGID, en todas las Farmacias

Las verdaderas Pastillas VALDA

que se venden únicamente EN CAJAS con el nombre VALDA en la tapa y nunca de otra manera

Fórmula : Menthol 0.002, Eucalyptol 0.0005, Azúcar, Goma

ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO

SPOETERER-CALW

Balneario de la Selva Negra (Alemania) : Antiguo y renombrado Instituto
Clases especiales para extranjeros

Para detalles : ADOLFO WEBER - BARCELONA : Apartado 825

TERMAS DE MONTEMAYOR

CÁCERES

Reumatismo :: Piel :: Afecciones gripales

Abierto todo el año

Plaza de la Villa, 1 : MADRID

AGUAS DE MARMOLEJO

Desde 1.º de abril al 30 de junio

Tres manantiales alcalinos
para enfermos del hígado,
estómago, riñones, diabetes,
artrismo, cloroanemia, etc.

Hotel del Balneario

Único oficial de primer orden

Estación de ferrocarril a 7 horas
de Madrid y 4 horas de Sevilla

PEDIDOS

Balneario de Marmolejo (Jaén)

BERLITZ

¡Vaya usted al extranjero
para aprender un idioma!
¿Y cómo? ¡No puedo!
Yendo a la Academia

BER

LITZ

1
2, 4 y 5
ABRIL
nuevas clases de

Inglés
Francés y Alemán

1 mes 16 ptas., 3 meses 40 ptas.

Precios especiales baratísimos
para dos o más personas de la misma
familia y para los empleados de hoteles
Lecciones particulares : Traducciones

Pelayo, 58 : Teléfono 3303-A

Oficinas desde las 8 de la mañana hasta las 10 de la noche

VIVERT

Vino natural espumoso

APERITIVO
REFRESCANTE
Y DIGESTIVO

MOSCATEL DE SITGES SUPERIOR

PROPIEDAD DE

PEDRO MONTANÉ

MUNDO IBÉRICO comienza a publicar en este número

EL BÓLIDO DE ORO

por THEO VARLET; gran novela de aventuras, donde intervienen todos los elementos de la ciencia contemporánea, dando a la narración un aspecto insospechado y sugestivo

Las grandes pasiones, el heroísmo y el valor, la ambición y la codicia; el amor, la vida y la muerte; la mecánica y la ingeniería, forman un tumulto profundamente humano alrededor de

EL BÓLIDO DE ORO

novela que es un espléndido alarde de fantasía en cuyo fondo palpita una profunda verdad. MUNDO IBÉRICO ha obtenido de la EDITORIAL LUX, propietaria de la versión española de

EL BÓLIDO DE ORO

la exclusiva para su publicación en sus columnas de esa obra que no dudamos ha de ser acogida con gran interés por nuestros lectores

Continental

Agentes : ORBIS, S. A.

CLARIS, 5 :: BARCELONA



UNDERWOOD PORTATIL

Utilísima para veraneantes

Es ligera, no abulta en el equipaje y permite hacer el correo particular en el hotel, la playa o el campo rápidamente con la misma pul-

critud como si las cartas salieran de la oficina. Con solo quitar la tapa, la máquina está lista para escribir.

Compañía Mecanográfica Guillermo Trúniger, S. A.
Balmes, 7 : BARCELONA : Apartado, 298